XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario C

Un leproso samaritano

"Cuando Jesús iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos gritando: Maestro, ten compasión de nosotros". San Lucas, cap. 17.

En 1874, el médico noruego Gerhard Henrik Hansen identificó el bacilo que produce la lepra. Un mal que deforma las articulaciones, pudre la piel y destroza los tejidos.

Para los judíos, el leproso pagaba en su carne por castigo de Dios, los crímenes conocidos u ocultos. No extraña pues la severa legislación del Levítico: "El afectado por la lepra llevará los vestidos rasgados y desgreñada la cabeza, e irá gritando: Impuro. Impuro. Habitará solo. Fuera del campamento tendrá su morada".

San Lucas nos cuenta de diez leprosos que salen al encuentro de Jesús. Se habrían juntado para llevar en compañía su tragedia. Pero es curioso: Había entre ellos un samaritano, alguien del otro bando en religión y también en política. Casi siempre el dolor nos hace más solidarios que la prosperidad.

Los enfermos no se acercan al Señor. Les está prohibido. Le gritan desde lejos, llamándolo Jesús y Maestro: Ten compasión de nosotros.

Jesús responde simplemente: "Id a presentaros a los sacerdotes". Quien se hubiera curado de sus llagas era restituido a la comunidad, a través de un prolijo ritual, que incluía ofrecer un cordero, tres décimas de harina y un cuartillo de aceite.

Pero ocurrió que, mientras los leprosos emprendían su camino, se vieron curados de repente. Sintieron de pronto una carne nueva y no había dolor en su cuerpo. El camino entre su ilusión y su alegría fue más corto que la subida hasta Jerusalén.

Nueve de ellos apuraron el paso, radiantes y animosos. Pero uno de ellos dio marcha atrás, en busca del Señor. "Se echó a sus pies - cuenta el evangelio - dándole gracias y alabando a Dios a grandes gritos". Era el samaritano.

Jesús se preguntó ante los discípulos: ¿No eran diez los curados? ¿Sólo ha regresado este extranjero para dar gloria a Dios?

Al leer esta historia, muchos descubrimos que estábamos leprosos. Nuestra mancha interior nos llevó a marginarnos de la familia y de la Iglesia. Tal vez cumplimos de pronto algunas normas, pero nunca hemos encontrado a Jesús. No nos dé miedo entonces gritarle desde lejos: Ten compasión de nosotros.

También aquí aprendemos que el cristiano ha de ser agradecido. San Pablo, escribiendo a los colosenses, enumera las cualidades del creyente: Bondad, humildad, mansedumbre, paciencia y el amor que es vínculo de la perfección. Y para terminar el párrafo añade: "Sed agradecidos".

Al dialecto de los Shippibo - Conibo del Perú, llegó tardíamente una expresión para dar gracias. Porque su cultura ignoraba el concepto de gratuidad. Para ellos las cosas sucedían porque sí. Y toda relación interpersonal exigía de inmediato una contrapartida. Fue difícil entonces explicarles el amor de Dios, que hizo para nosotros de modo gratuito, tantas maravillas.

Nuestro idioma castellano es generoso en vocablos para agradecer: “Mil gracias”. “Muchas gracias”. “Le quedo muy agradecido”. Aún ese “Dios le pague”, con el cual endosamos al Señor la tarea de agradecer a nombre nuestro. Pero quizás, mientras abundamos en palabras, el corazón se nos quedó en silencio.

Preguntémonos: ¿En nuestras relaciones ordinarias cultivamos habitualmente la gratitud? ¿Sabemos agradecer al Señor sus beneficios?

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y